

y que bendice al Señor que lo ama tanto por tener una madre todavía.

Luis

11 de febrero de 1973

LAS MIL Y DOS NOCHES

Scherezada llegó hasta la presencia del gran sultán Schariar, como todas las noches, y se tendió en unos blandos cojines de seda. El sultán se acomodó lo mejor que pudo y se dispuso a escuchar otro relato de aquellos con los que la doncella salvaba su hermosa cabeza del alfanje del verdugo. Scherezada comenzó de la siguiente manera:

Poderoso señor, ayer llegamos a las mil y una noches de cuentos, por lo que hoy será la número mil dos. En ese tiempo, y entre leyenda y leyenda, hemos procreado tres hermosos niños. Estoy muy lejos de amaros y vos me veis sólo como una concubina más con un fecundo vientre y una fecunda imaginación para estar inventando todas las noches tantas tonterías, que sólo consigo gracias al hashish que en cantidades industriales ingiero. Pues bien, magnánimo señor, rey entre los reyes, califa entre los califas, oyente entre los oyentes, esta será la última noche y después de ella dispondréis de mí a vuestro gusto. Prefiero perder de una buena vez mi cabeza a seguir torturándola fraguando tanta “hashishada”. Pero os pido que si os gusta mi último cuento, me dejéis marchar al lado de mi padre el Gran Visir para preparar con él otro golpe de “Septiembre Negro”.

—¿Pertenece mi Gran Visir a esa organización?

—Como todo árabe que se respete, poderoso señor. Bien, escuchadme atento, que esta vez os voy a llevar en la alfombra mágica de la imaginación a un lejano y exótico país que se encuentra allende los mares y del que muchos geógrafos aseguran que aun cuando existe, no deja de ser un país imaginario, pues de otra manera no se comprende la conducta de sus moradores.

Ese antiguo y lejano centro del subdesarrollo intelectual se llama Meshico, y es tan hermoso como los jardines colgantes de Babilonia. En él existe un empresario teatral que se llama Alí-Manol-Fab-Regas-Rachid y quien últimamente tuvo la feliz —o infeliz— ocurrencia de pretender resucitar sobre un tablado la maravillosa belleza de nuestra Bagdad. Hace poco tiempo alcanzó ese empresario un fabuloso éxito con una obra * en la que se ensalzaba a nuestros eternos enemigos los judíos, a quienes Mahoma confundió, y ahora quiso quedar bien con la calle de Correo Mayor, que es como se llama en aquel país la continuación de nuestra Bagdad. Pero habéis de saber, bondadoso señor, que cuando Alí-Manol no trabaja como actor en su teatro, descuida mucho sus producciones, y de aquella hermosa puesta en escena de la obra de nuestros enemigos a esta en que se pretende pintarnos, hay la misma diferencia que puede haber entre Alá y Tezcatlipoca, y más parece que los aborígenes de aquel exótico lugar están presenciando una función de zarzuela puesta por la cantante Ajib-Pepit-Embil-Hasan, o bien uno de aquellos cuentos infantiles que montaba en el teatro y en la Tel-Aviv-Visión el inolvidable Mohamed-Enrik-Al-Onso-Bedrín, tal es la pobreza de decorados, la profusión de gasas rasgadas, el insulto del cartón pintado, el puedo y no quiero hacerlo.

La comedia, que pretende ser musical y también comedia, se titula *Kismet*, y es tan vieja como el sistema inventado por nosotros de vender en abonos fáciles. Tan vieja es, gran señor, que ya dejó de ser una comedia musical para convertirse en zarzuela, como ya os dije, y que es lo peor que le puede pasar a una obra musical. Un par de oportunistas de un país vecino al que os narro, y que fue invadido por las hordas de nuestros enemigos, escribieron un insulso cuentecillo peor que cualquiera de los que os he contado, y escribieron también unos cuantos números musicales tan malos como el no ir a la Meca nunca, pero como la escasa materia gris de que disponen se les agotó a los primeros compases, echaron mano de un compositor ruso llamado Borodin y tranquilamente le pusieron una horrenda letra a su música. Ya podéis imaginar lo que resultó de todo ello: un verdadero jocoque.

* *Violinista en el tejado.*

Alí-Manol, que es un actor excelente y para quien no existen los malos papeles, en lugar de interpretar él mismo el personaje de Omar-Hassim, que le hubiera ido como anillo al dedo y lo hubiese convertido en un personaje simpático, se lo encomendó al actor más pedante que ha dado aquel lejano continente aún no descubierto, sólo porque había estado muy bien ese actor en otra comedia musical titulada *El hombre de la Mancha*. En efecto, estuvo tan bien, que ya nunca pudo quitarse la armadura del cuerpo, y ahora sigue caminando como si la usara, y, para colmo, ha perdido facultades en la voz y ahora se limita a gritar en lugar de cantar, a entrar a destiempo, a descuadrarse, a desafinarse y a tratar de salvar la situación moviendo mucho los brazos, pero no el cuerpo. Cuando trata de ser simpático —ya os he dicho que no lo es ni podrá serlo jamás— la situación se hace aún más lamentable. No nos detengamos más en él, poderoso sultán, para no haceros pesada la velada, y pasemos a una pobre muchachita a la que Alí-Manol, siempre deseoso en verdad de descubrir nuevos talentos, pero siempre equivocando el camino, encomendó el papel de Marsinah. ¿Cómo estaría la noche del estreno, magnánimo califa, que el propio Alí-Manol tuvo que salir a pronunciar su consabido discurso y a explicar al auditorio que ella era una secretaria que jamás había pisado un escenario, pero que él, como el genio de la lámpara, le había cumplido sus deseos? Para que tengáis una remota idea de la forma de actuar de esa niña, señor, espero que hayáis visto en sueños alguna película de dibujos animados de Walt Disney. ¿Recordáis la forma cursilona que tienen los animalitos del bosque para mover de un lado a otro la cabeza? Pues así lo hace esta muchachita, sintiéndose Bambi. Canta más o menos bien en un extraño idioma que el auditorio, siempre inculto, pensó que sería árabe, y habla como si tuviera en la boca una patata caliente.

En cambio, poderoso señor, os puedo decir que el cantante Rikar-Padil-Alá, tiene un brillante porvenir, pues canta bien, tiene buena figura y habla en un lenguaje que se comprende, aunque le hace falta aprender a caminar, pues como lo hace se podría decir, si no fuera hombre, que está en el estado de gravidez en que me ponéis vos cada año. Wal-Alí-Barrón-Abud está muy simpático en su antipático personaje, y Marioal-Bertrour-Rod-ri-

guez buc, muy bien en su jefe de la policía y aun cantando de un modo excelente. Una hermosa mujer de exótico nombre, Rosa de Castilla, que recuerda los nombres nuestros por lo poético, luce muy bella, canta más o menos bien todavía, pero habla como los aborígenes de aquel país, y en una obra que se supone acontece en Bagdad, no encaja de una manera lógica.

¡Ah, señor, pero si hubieseis visto lo que yo vi! ¡Qué bailarina entre el conjunto y luego, por fortuna, con un solo extraordinario! En el papel que unos señores muy elegantes daban a la entrada, hay nombres más grandes, pero el de esta bailarina genial permanece entre el montón y no sabría decir si se llama Elena Carter o no. Es la que interpreta a una de las posibles esposas del califa, y sale vestida de azul. Pocas veces se ha visto una bailarina de tales cualidades, señor, y todo el espectáculo merece la terrible pena de verse sólo por esos minutos que ella está en el escenario. El canto del gallo anuncia que ya amanece, poderoso sultán, y concluyo mi último cuento esperando que os haya agradado y me perdonéis la vida.

El sultán Schariar miró a Scherezada largo tiempo, se levantó de sus cojines y dijo: “Las mil y una noches anteriores quedaron borradas por tu horrible cuento de hoy. Serás ejecutada al instante.” Y salió dignamente mientras Scherezada encomendaba su alma a Alá, a Mahoma y a Rimsky-Korsakov.

18 de marzo de 1973

DE UNA SEÑORA A UNA SEÑORITA

Srta. Irma Serrano.
Teatro Virginia Fábregas
Presente.

Señorita de mi consideración:

Le ruego encarecidamente tenga a bien disculparme por el atrevimiento de ponerle estas líneas desde la Rotonda de los Hombres